ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

SEGUNDA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS:

Armida.................................... Sra. Rita Luna.
Reinaldo.................................. Sr. Manuel García.
Ubaldo.................................... Sr. Antonio Pinto.
Orcante................................... Sr. Felix de Cubas.
Comparsa de Cruzados y Turcos.

Música triste. Campamento á lo léjos. Armida dentro de una tienda.

Arm. Aquel que nunca ha visto favorable
de la fortuna el rostro, si se queja,
se queja con razon, mas que ha llegado
de la desgracia el término, no crea;
que pasar de feliz á desdichado,
es mucho mayor mal, mas grave pena.
El que poco se eleva, poco caé;
pero aquel que ha subido á la eminencia,
si del hado el furor le precipita,
ni aun de su estrago la memoria dexa: *Cesa la música.*
villana condicion de la fortuna,
que cautelosamente lisonjera
proporciona las dichas solamente,
para quitarlas quando no se piensa,
y la satisfaccion de disfrutarlas
no equivale al tormento de perderlas.
Así yo, ¡ay triste! en tiempo mas dichoso,
rebosando en placer, de gozo llena,
á la cumbre subí de la fortuna,
que á un corazon amante no le queda
mas anhelo, mas dicha, mas deseo.

que poseer lo que ama con fineza.
Mas todo lo perdí, y abandonada
de Reinaldo, con bárbara cautela,
caí precipitada hasta el abismo
de la amargura que en mi pecho reyna.
Vuelvo el atribulado pensamiento
á mis perdídas glorias, y hallo en ellas
tantos motivos de dolor tirano,
que en confuso tumulto se atropellan
por traspasar mi corazon doliente,
y acabar con mi vida lastiméra,
y de puro sentir al sentimiento
el angustiado espíritu se niega:
¡tiempo de confusion! ¡aciagos dias!
¡ó dias de dolor! ¡tiempo de pena!

Música triste, á cuyos últimos compases sale Orcante.

Orc. Permite, Armida hermosa, á los cuidados
de un corazon que amante te venera,
interrumpir la distraccion penosa,
que tanto de tí misma te enagena;
vuelve por tí, señora; no perturbes
el brillo encantador de tu belleza.
¿Por qué tanto llorar? ¿por qué angustiarte
tan fuera de razon?
Arm. Si dable fuera
que hubiesen de salir las penas mias,
entre mis tristes lágrimas envueltas,
era preciso que en copioso llanto
mi máquina vital fuese deshecha:
no es llanto de dolor el que derramo,
llanto es de indignacion y de soberbia.
Orc. Si tanto la venganza te apasiona,
si de la sangre vil estás sedienta
del pérfido Reinaldo, si tu mano
será de aquel que tan dichoso sea,
que prisionero ó muerto te lo entregue,
¿dudarás de que quedes satisfecha?
en toda esa República vagante,
en esa instable inundacion de tiendas,
que abriga nuestro Exército, no hay Turco
de noble condicion, que no pretenda
y aspire, enardecido con tal premio,
á ser el dueño de tan alta empresa;
y así de su valor::-
Arm. No mas, Orcante;

espiró ya en las Tropas Agarenas
el antiguo valor; no ha habido encuentro
en que cobardemente no volvieran
las espaldas al riesgo y á la gloria:
en Antioquía, en Gaza y en Nicea,
á pesar de sus muros, los Cruzados
tremoláron al viento sus vanderas;
en fin, la gran Salem, que era su empeño,
ya conquistada arrastra sus cadenas,
ya el gran sepulcro de su Dios adoran,
y el Asia toda amedrentada tiembla:
ese confuso Exército de Tropas
compuesto de naciones tan diversas,
y tan poco aguerridas, que Emireno
por órden del Soldan rige y gobierna,
oponerle al esfuerzo de Gofredo,
es oponerle al sol caduca niebla,
débil antorcha al viento impetuoso,
y seca arista á la abrasante hoguera.
¿Pues de qué presumís? llegó ya el tiempo
en que las damas las batallas vean,
y arrostrando las huestes enemigas,
á sí propias valientes se defiendan:
¿y esperaré que nadie de Reinaldo
pueda alcanzar victoria? él es la diestra
del General Christiano: mal he dicho;
él es el numen de la quarta esfera;
mira quán alejada la venganza
vivirá de quien tanto la desea.

Orc. Injustamente, Armida, nos baldonas:
nunca ha sido precisa consecuencia
de la suerte el valor, y el conservarle
despues de acciones tantas y funestas,
no te parezca poco. Ese Gofredo,
que parece domina en las estrellas,
segun sus intenciones favorecen,
tendrá mas dicha, no mas fortaleza:
el valor que publícas de Reinaldo
no te culpo, si tanto lo exâgeras;
que esa misma venganza que apeteces,
la sed que de su sangre manifiestas,
puede ser un cariño disfrazado.
¡Ah! cómo temo en tan dudosas señas
que corrida la máscara del ódio,
se descubra el amor con mayor fuerza;
mas para que conozcas mi ardimiento,
y que nada mi espíritu recela,

ese papel que al enemigo campo

Le dá un papel, y ella le lee para sí.

determino enviar, pido que leas;
en él verás que á singular batalla
llamo á ese fuerte jóven, y pluguiera
al Cielo que al momento la aceptase,
porque ó despojo de sus íras sea,
ó acabe con su vida, dando á un tiempo
la venganza á mis zelos y tu ofensa.
Arm. No es acertado, valeroso Orcante,
que en singular batalla ::-

Dentro ruido estrepitoso de armas, y dicen á lo léjos.

Voces. Guerra: guerra...
Arm. Qué podrá suceder?
Orc. A lo que miro,
de los opuestos campos las ligeras
tropas que en abanzadas divisiones
con atencion recíproca se observan,
parece que combaten: voy al punto,
puesto que soy su Xefe, á recogerlas,
no una accion general tal vez empeñen,
sin que el mismo Emireno lo resuelva. *Vase.*
Arm. Por todas partes el estruendo crece,
y aun ácia aquí parece que se acercan
por este lado algunos de los nuestros
acosando á un Christiano, que se esfuerza
en resistir.

Sale Ubaldo resistiendo á algunos Turcos, y viene á caer á los pies de Armida.

Ubaldo. ¡El Cielo me socorra!
Arm. Tened, no le mateis; y á su defensa
sírvale de mis plantas el sagrado:
alza, Christiano.
Ubaldo. ¡O Dios! Armida es ésta.
Arm. ¿Qué es lo que miro? él es segun las señas.
Retiraos, vosotros, que conmigo
este Christiano asegurado queda. *Vanse los Soldados.*
Ubaldo ¡Injuriada, y muger! ¡Cielos divinos!
si me reconoció, mi muerte es cierta.
Arm. ¿No eres tú el hombre de alma empedernida,
de corazon tan duro, y tan de piedra,

que

que lo que mas amaba, de mis brazos
me arrebató con bárbara violencia?

Ubaldo. El mismo soy, señora, que imaginas;
pero no el que dibujas en tu idea
con tan feos colores; soy Ubaldo;
yo á Reinaldo aparté de tu belleza,
ilustrando su ciego entendimiento,
con la antorcha eficaz de la prudencia;
accion que á buena luz considerada,
yo creí que tú misma agradecieras.

Arm. ¿Yo agradecerlo? ¿quándo se habrá visto
que alguno sus agravios agradezca?
¿quándo el que cae envuelto entre su sangre
la mano que le hiere humilde besa?

Ubaldo. Quando con esa dolorosa herida,
sana de otra mas áspera dolencia:
el contagiado miembro se separa,
porque el resto del cuerpo no perezca;
cauto el agricultor la vid despoja
del seco ramo porque mas florezca;
así yo, interrumpiendo unos amores,
enteramente opuestos á las reglas
de la recta razon; á tí, señora,
te excusé que mas tiempo padecieras
ultrajes en tu fama, indecorosos
al Real carácter de tan gran Princesa,
y estimulando al jóven á la gloria,
y del honor poniéndole en la senda,
hice que su opinion ya vacilante,
coronára con ínclitas proezas,
y porque mas tu sinrazon conozcas,
¿amabas, dime, con verdad sincéra
á Reinaldo?

Arm. ¿Es posible que lo dudes?
Le amaba, sí, y le amo tan de veras
como el herido ciervo ama las fuentes,
como á la lluvia la abrasada tierra,
como las flores aman el rocío,
como ama al olmo la amorosa yedra,
como el sediento al cristalino arroyo,
como el enfermo la salud que anhela;
y en fin, le amaba quanto amar es dado
á una alma dulce, enamorada y ciega.

Ubaldo. Pues amándole así, sin mi dictámen,
dí, ¿cómo ahora blasonar pudieras
de amar á un jóven fuerte y generoso
que en quanto ciñe el mar y el sol calienta,

la fama de sus glorias ha extendido!
Reinaldo, en tu poder nunca subiera
de la inmortalidad á la alta cumbre;
el verdadero amante mas aprecia
el bien de lo que ama, que no el suyo:
cumplir con su opinion es la primera
obligacion del hombre, y mas si nace
para ocupar del Solio la eminencia.
Reinaldo, dividido de tus brazos,
llenó su deber todo, y se presenta
enteramente digno de tus ansias;
mira si será justo que agradezcas
que unos leves momentos de disgusto
produxesen tan altas consecuencias.

Arm. Pero ¿es una accion noble y generosa
el tratar una dama de mis prendas
mas que con desamor, con vilipendio?

Ubaldo. No comprendo la causa de esa queja.

Arm. ¿No me dexó en la Isla abandonada,
por mas que le rogué que me traxera
consigo, y que de amor y honor á un tiempo
cumplir pudiese la forzosa deuda?
¿En alas de mi amor, mas que del viento
sus pasos no seguí? ¿de mi presencia
no se ha excusado siempre? ¿y de mis cartas
no ha sido su silencio la respuesta?
¿no es este un vilipendio ignominioso,
que en torpe grosería degenera?
¿quándo una alma bizarra corresponde
con tanta ingratitud á las finezas?

Ubaldo. Naufrago á quien asido de una tabla,
asalta de las ondas la soberbia,
si tal vez gana el deseado puerto,
dificilmente al mar instable entrega
segunda vez la vida: así no extrañes
que Reinaldo contigo procediera
del modo que resientes, que un peligro,
que alhaga con lo mismo que envenena,
dificultosamente se resiste,
y aventurarse en él locura fuera,
pues quien se expone y vence, nada logra,
y pierde todo, si vencido queda:
á mas de esto, temiendo que tus artes
pudiesen producir::-

Arm. Ubaldo, cesa:
no á mis artes acudas.... ¡vanas artes
que aborrezco y detesto! Fuéron ellas

la

la causa executiva de mis males,
¡despreciable recurso, triste ciencia,
que no pudo extinguir la ardiente llama
en que mi amante corazon se quema!
fuera de eso, descrédito sería
de mi estado, y aun mas de mi belleza,
lo que se ha alcanzar del alvedrio
quererlo conseguir de la violencia:
no mas, no mas encantadoras voces;
si á la mágia de amor, amar se niega,
en vano son auxîlios infernales.
Mas dexando esto á un lado, porque veas
que opuestos sentimientos nos animan,
ya tienes libertad; así se vengan
mugeres como yo: solo una cosa,
por dama, conseguir de tí quisiera
con secreto inviolable.

Ubaldo. La prometo,
como á mi estimacion no sea opuesta.

Arm. ¿Y juras el secreto?

Ubald. Sí lo juro.

Arm. Pues vuelve al campo, y á Reinaldo entrega
ese papel: no es mio, pero importa
reservar que lo doy; dí que le llevas
de la parte de Orcante, pues es suyo;
mas para nada tomes en tu lengua
de Armida el nombre, basta de desprecios.

Ubaldo. Todo lo cumpliré como lo ordenas. *Vase.*

Arm. Séme una vez propicio, amor tirano,
ayuda mis deseos y cautelas;
una infeliz en su favor te invoca,
muestra que eres deidad en protegerla.

Música; selva; estacada á un lado: sale Reinaldo atropellando á algunos de los suyos.

Rein. Viles, indignas, despreciables almas,
que al riesgo y al honor la espalda vuelta
de esa Turca canalla habeis huido
afrentando las ínclitas banderas
del Católico Marte, ¿sois soldados?
¿dónde está el pundonor y la vergüenza?
¿A vuestro Capitan, á vuestro Xefe
desamparais en la marcial palestra?
¿Qué es de Ubaldo, decidme, qué es de Ubaldo?
¿cómo sin él venís á mi presencia?
Idos, cobardes, no al ardiente enojo

á que me precipita tal vileza
en vuestra torpe y alevosa sangre
me arrebate á marchar la airada diestra. *Vanse los soldados.*
Perdído Ubaldo, todo lo he perdído:
él vertia en las llagas lastimeras
de mi alma afligida el saludable
bálsamo del consuelo; las tinieblas
de mi desalumbrado entendimiento
disipaba á las luces alhagueñas
de la amable virtud: ahora, ¡ay triste!
qual nave en el horror de la tormenta
de las furiosas ondas combatida,
sin rumbo, ni timon, navega incierta
al arbitrio del viento proceloso,
chocando en un escollo en las cabernas
del insondable golfo se sepulta;
yo en el mar del amor, en que navega
mi tierno corazon, abandonado
del deseo á la bárbara violencia,
de la razon, el norte obscurecido,
faltando del piloto la experiencia,
no será maravilla que chocando
en el escollo del error, me vea
otra vez anegado y confundido
de mi loca pasion entre las densas
y pavorosas sombras, donde todos
mis triunfos adquiridos se obscurezcan.

Música, durante la qual se pasea agitado, y luego dice.

Justos son los temores que me agitan.
Tan viva está en mi alma; ¡ay Dios! aquella
que fué el primero amor de mis amores,
y el último será, que ni la ausencia,
el bélico tumulto, ni las glorias
con que veloz la fama lisonjea,
celebrando mi nombre, no han podido
apagar la mas mínima centella
del incendio voraz que me consume,
y dentro de mi pecho se alimenta;
tan solamente Armida, ¡dulce nombre!
es grata ocupacion de mis ideas,
y su tierna memoria, y mi cuidado
quantos objetos miro me renuevan.
Las flores que en los campos abundosas
al albor matutino se esperezan,
las fuentes y los claros arroyuelos,

que

que por los verdes prados atraviesan,
el dulcísimo canto de las aves,
el manso vientecillo que recrea
blandamente sus alas sacudiendo
entre rosas, jazmines y azucenas,
quanto hay mas amoroso y agradable
y mas apetecible, me recuerda
su alhago, su atractivo, su dulzura,
sus finas expresiones, su belleza,
sus gracias peregrinas::-
¡Insensato!
¿por qué no digo que ella misma premia
mi prision, ó mi muerte por su mano?
¿tanto ya me aborrece? ¿tanto en ella
el espíritu puede de venganza?
pero si la ultrajé de tal manera,
que pagué con agravios sus favores,
y con ingratitudes sus finezas,
¿qué ménos pudo hacer? ¿y qué no haría,
durándole el cariño, si supiera
que de Ubaldo y Gofredo á persuasiones
ya prometí mi mano á la heredera
de Florencia, á Constanza, y que mi padre
sin dilacion exîge mi obediencia?
Triste es su situacion; pero la mia
es mucho mas tirana, mas violenta,
amar sin esperanza, precisado
á arrastrar la durísima cadena
de un lazo indisoluble, es un martirio,
es una tiranía tan acerba,
que ni la muerte::- ¿qué? mil muertes juntas
no producen tal género de pena,
dura, crüel, amarga, irresistible,
irremediable, bárbara y eterna. *Música.*
¿Mas por qué me apasiono? ¿No es Armida
de prosapia real? ¿no es la Princesa
de Damasco? ¿su imperio dilatado
unido á mis laureles, no pudiera?::-
no pudiera::- ay de mí! porque es pagana,
es una maga vil, y obscureciera
mi estimacion enlace semejante;
mas sus gracias, su amor y su belleza,
y este voraz inextinguible fuego,
este volcan, esta incesante hoguera
que me abrasa, me mata y me devora,
¿no ha de tener alivio? en mi nobleza
es imposible: está la suerte echada,

y es mi palabra obligacion primera:–
¿mas cómo de otro objeto poseído,
mi mano he de entregar á mano agena?
éste ¿no es un delito? ¡Cielos santos,
valedme! que en las dudas que me cercan,
camino al precipicio. Ubaldo, amigo,
¿á dónde estás? Ubaldo, ¿así me dexas?

Sale Ubaldo. Aquí tienes á Ubaldo: ¿qué le quieres?

Rein. ¿Qué es lo que ven mis ojos? llega, llega,
acércate á mi pecho. ¡Qué temores,
qué de pesares me costó tu ausencia!

Ubaldo. Pero ¿por qué, Señor, tantos extremos?

Rein. Porque es claro que el bien no se penetra
hasta perderle.

Ubald. Mas las grandes almas,
como el Olimpo son, cuya eminencia
sobre las altas nubes sobrepuja;
á la suerte ya próspera, ya adversa
deben siempre mostrar igual semblante,
y firmes en qualquiera diferencia,
ni las prósperas deben deslumbrarlos,
ni tampoco abatirlos las adversas.

Rein. Está bien: pero dí: ¿cómo pudiste
escapar de la muerte ó la cadena?

Ubaldo. El poner en tus manos este pliego

Dale un papel, y lee para sí.

valió mi libertad.

Rein. ¿Qué dices? muestra.

Ubaldo. Parece que este jóven todavía
de la razon al yugo se revela;
no es mucho, que á pasar de extremo á extremo
dificilmente el corazon se esfuerza.

Rein. A duelo singular me llama Orcante,
cuyo altivo valor y fortaleza
tengo experimentado en las acciones
que produxo el discurso de la guerra.

Ubaldo. ¿Y qué piensas hacer?

Rein. ¿Pues en mi esfuerzo
la mas leve sospecha permitiera?
saldré, y le mataré.

Ubaldo. Y si atrevido
intentase tal vez que la cautela:–

Rein. Es imposible: el sitio que señala
del rápido Cedron es la ribera,
y el seguro del campo solicita,

por

porque tan cerca está de nuestras tiendas:
mas dexando esto aparte, dime, Ubaldo,
¿has visto acaso á mi adorada bella?

Ubaldo. ¿A Constanza?

Rein. De Armida te pregunto.

Ubaldo. Yo creí que en tu pecho ni aun centellas
de tan loca pasion permaneciesen.
¿Tú memorias de Armida? ¿Tú te acuerdas
de esa tirana maga, sin que el rostro
en vergonzosa púrpura se encienda?
comprometida tu palabra y mano
para Constanza, arbitrio no te queda
para pensar en otra, sin agravio
del pundonor debido á tu nobleza.
Las testas coronadas no han nacido
con el libre alvedrío que fomenta
en otros la eleccion de sus enlaces,
que en cambio de su augusta preferencia
esclavos respetables del estado
al público provecho se sujetan.

Rein. ¿Y quién puede tener el pensamiento
sujeto?

Ubaldo. La virtud.

Rein. ¡Virtud severa!

Ubald. ¡Apacible virtud! sus sacrificios
son dolorosos, sí, pero si llegan
á completarse, toda su amargura
se convierte en delicias alhagüeñas,
que bañan en dulzura inexplicable
el corazon; placer que experimentan
las puras almas que á las claras luces
del noble entendimiento se gobiernan.

Rein. ¡Terrible sujecion! mas ¿por qué clamo,
si yo mismo me impuse las cadenas
que involuntario arrastro? ¡O una y mil veces
ántes que tal hiciese falleciera! *Vase.*

Ubaldo. Todavía el estímulo resiente,
todavía vacila y titubea:
¡ó loca juventud, que desbocada
al precipicio del amor te entregas!
suspende el ciego paso impetuoso;
mira que en el error en que te empeñas,
quando los escarmientos se anticipan,
de nada desengaños aprovechan. *Vase.*

Música. Selva frondosa, que baña el torrente Cedron. Vista á lo léjos de Jerusalen, y sale Armida.

Arm. A Orcante disuadí de sus intentos,

por si mi industria conseguir pudiera,
su lugar ocupando, á mi enemigo
decir ansiosa mis amantes quejas.
¡Ay! ¡qué distinto tiempo de aquel tiempo
en que en el centro yo de la grandeza,
en la altura del solio colocada,
libre, gozosa, y de cuidado exênta,
no creí que en el orbe haber pudiese
quien ni una esquivez mia mereciera!
¡Desventurada Armida! ¡quién creeria
que se humillase tanto tu soberbia,
y llena de temores y pesares,
prófuga, peregrina y extrangera,
de un inhumano amante abandonada,
en cambio de ternuras y finezas,
escándalo del orbe y de los siglos,
desprecios insufribles recibieras!
Amantes que notais mi disventura,
las que fiais en hombres, las que ciegas,
de un amoroso alhago seducidas,
no conoceis el riesgo que os rodea;
aprended de mí sola desengaños;
mirad cómo se paga la firmeza,
y que la triste que en el hombre fia,
ara en el viento, y en el agua siembra. *Músico.*
Mas, ó pesares bien recompensados,
una y mil veces venturosas penas,
felices desventuras, si consigo
hablar á mi Reinaldo; en su presencia
todos se acabarán los males mios,
y si en su pecho todavía reinan
de Armida las memorias, el mas leve
pretexto, la disculpa mas pequeña
será para aplacarme suficiente,
y dexarme gozosa y satisfecha,
¿qué es satisfecha? á hacerme feliz basta
una lisonja, una mirada tierna,
una dulce expresion, y plegue al Cielo
que del exceso del placer no muera ::-
Loca pasion, ¿á dónde me conduces?
¿y si resiste ingrato? ¿si en su fiera
obtinacion prosigue, y mis alhagos,
mis ruegos y mis lágrimas desprecia?
¿qué haré entónces? morir de enamorada.
¡Quién en los lábios mios infundiera
expresiones de fuego que abrasasen
aquel rebelde corazon, si niega

á voluntad tan fina, y sin exemplo
una justa y leal correspondencia!
Almas sensibles, almas generosas,
en quienes infundió naturaleza
la compasion; si una muger amante
que sembrando favores cogió ofensas,
sola, triste, afligida y sin consuelo,
vuestra piedad y lástima interesa,
llorad sobre mis males, compartiendo
los tormentos que el alma me penetran;
pero un guerrero::- él es: corazon mio,
ánimo, que ya estás en la palestra.

Sale Reinaldo.

Rein. Pues ya, esforzado Orcante, que en el sitio::-
Pero ¿qué es lo que miro¿ ¡Armida es esta!
Arm. Si á matar, ó morir sales al campo,
fácil victoria el hado te presenta,
que ociosos son los filos del acero
en quien á tus rigores vive muerta:
si mi alma de angustias penetrada,
todavía en la cárcel se conserva
del miserable cuerpo, es porque solo
á tus íras crueles se reserva,
echando el sello á tu desden tirano,
acabar con mi vida lastiméra:
pues ¿por qué te detienes? ¿por qué tardas?
Rein. ¡Válgame Dios! no sé qué responderla.
Arm. ¿Callas? ¿qué, tan retórico el agravio
y tan cobarde la turbada lengua;
esa pérfida lengua, que en mis brazos
aras del Dios vendado lisonjeras,
á pesar del destino, y de los hados,
constancia prometió, juró firmeza?
Quántas veces dixiste, que primero
que mis amores al olvido dieras,
faltaria en los orbes celestiales
esa luciente máquina de estrellas;
que vería nacer del agua el fuego,
retroceder el sol en su carrera,
universal trastorno padeciendo
el órden de la gran naturaleza:
mas la fé prometida quebrantaste,
lleváronse los vientos las promesas.
¡Ah! mátame por piedad, consuma, acaba

el sacrificio, si es que ya no quieras,
exemplo singular de los crueles,
no darme muerte, porque mas padezca.

Rein. Si te amé con verdad, muy bien lo sabes;
las cándidas palomas, que se estrechan
en el caliente, y abrigado nido,
asilo del amor en que se queman;
las tórtolas amantes, que en las ramas
del verde laberinto de las selvas
explicando sus ansias amorosas,
con suspiros dulcísimos se quejan,
de mí pudiéron aprender ternuras,
en mí pudiéron estudiar finezas:
si te dexé en la Isla, tambien sabes
que honor y religion diéron materia
á una separacion tan dolorosa:
tú misma, sí, tú misma manifiesta
viste la repugnancia que mostraba;
tú misma conociste la violencia
con que me separaba de tus ojos,
dexándoles de amor el alma en prendas;
pues si todo esto sabes, y no ignoras
que los mismos motivos perseveran,
¿por qué causa, señora, por qué causa
de Reinaldo inocente te lamentas?

Arm. Qualquiera que escuchára indiferente
las frívolas razones que aparentas,
la artificiosa sumision que ofreces,
la paliada inocencia que ponderas,
sin duda en tu favor decidiria;
pero díme, traidor, quando no fuera
el dexarme en la Isla abandonada,
en situacion tan triste, que á las piedras,
si fueran ellas de sentir capaces,
á conmover bastára la mas fea,
la mas cobarde accion, que caber pudo
en hombre, que de ser noble se precia,
para haberte excusado á mis deseos,
para haberte negado á mi presencia,
rayando en descortes con una dama
de mi carácter, ¿qué disculpa encuentras?

Rein. Tu hermosura, tu gracia peregrina,
apetecible riesgo en que pudiera
aventurar segunda vez mi fama,
y el mirar que en acciones contrapuestas
tú me buscabas; quando al tiempo mismo
ofrecias tu mano al que me diera

en

en tu poder, ó muerto, ó prisionero.
Arm. Eso fué del cariño sutileza,
llamándote á los riesgos, por si acaso
mediante el artificio de la cautela,
hablarte conseguía; y pues la suerte,
sola esta vez propicia á mis ideas,
tan feliz ocasion me proporciona,
díme, Reinaldo mio...¡ah! si á la lengua
acudió el corazon, perdona: díme,
si tal vez en tu pecho se conserva,
de aquel pasado y amoroso incendio,
leve centella entre cenizas yertas.
Rein. Sí, señora: lo mismo te amo ahora
que te amé, y te amaré mientras no llega
la inexôrable parca, y corta el hilo
de una vida tan trágica y funesta.
¡Ah! si yo no te amára, Armida hermosa,
mi dicha á mis deseos excediera!
Arm. Pues, ¿qué puede oponerse á los deseos
que un cariño recíproco fomenta?
Ya tu valor dexaste acrisolado,
pues domador del Asia te celebra
la fama, desde el uno al otro polo;
si eres de estirpe generosa y regia,
si en Ferrara naciste Soberano,
yo tambien de Damasco soy Princesa,
enlace, pues, en apacible nudo
una coyunda amable, dos diademas;
así cumples contigo, así restauras
mi estimacion á la censura expuesta
del sedicioso vulgo maldiciente.
¿Qué respondes? ¿suspiras? no me ofendas
con esas dudas; mírame á tus plantas,
de ellas no he de apartarme hasta que accedas
á mis ruegos: si no eres insensible,
muévate á compasion, tu piedad mueva
ver que derramo el corazon deshecho
en el copioso llanto que me anega.
Rein. Basta, no mas; que cada razon tuya
es clavarme en el pecho aguda flecha;
sin tí desventurado, dueño mio,
vivir es imposible; siempre impresa
tu imágen llevaré en el alma mia,
sin que el tiempo voráz borrarla pueda:
pero un fatal destino nos separa,
un poder invencible se atraviesa,
y corta nuestras dulces esperanzas;

la muerte es el remedio que nos queda,
que siendo tú pagana, y yo christiano,
mi ley sagrada, nuestra union reprueba.
Arm. Religioso pretexto, pero vano:
¿esa ley tan sagrada que veneras,
no era la misma quando me juraste
firme constancia, lealtad eterna?
Rein. Eso es verdad: mas de un delito mio
no has de formar, Armida, consecuencia
para mi obligacion.
Arm. ¿Y de ese crimen
he de ser yo la víctima funesta?
¿quándo se vió que de delito ageno
pagase los efectos la inocencia?
Rein. Quando el hado en su ruina conjurado
todas las íras al furor desplie̮ga,
Arm. Débil satisfaccion: pero si solo
ese reparo por vencer nos queda,
nada importa; detesto desde ahora
las máxîmas erradas de mi secta;
el mismo Dios que adoras será el mio,
y de quantos vasallos se sujetan
á mi Imperio, y así en la Asia toda
se abrirá al christianismo nueva senda.
Rein. ¡Ah! qué tarde, qué tarde, Armida hermosa,
haces ostentacion de las finezas,
que no estando en mi mano aprovecharlas
es deuda de mi honor agradecerlas!
Mas no bastan, señora, á hacerme tuyo.
Arm. Parece que complaces tus ideas
tan solo en producir inconvenientes,
mas á todos saldré: díme, ¿qué resta?
Rein. A tí nada, que á mí solo me toca
morir de angustia, de dolor, y pena.
Arm. Habla con claridad.
Rein. ¡Ay! que no debo.
Arm. Resulve de una vez.
Rein. Callar es fuerza.
Arm. ¿Sabes que te amo?
Rein. Mas que yo merezco.
Arm. Pues confia de mí.
Rein. Me aborrecieras.
Arm. ¿Tan grande es ese mal?
Rein. Desesperado.
Arm. ¿De qué pudo nacer?
Rein. De una flaqueza.
Arm. Sépalo yo, que ya de ese secreto

á apurar el veneno estoy resuelta.
Rein. Repara que á tu muerte te encaminas,
si lo que callo en descubrir te empeñas.
Arm. No me obligues á un loco arrojamiento,
si tan confuso enigma no revelas.
Rein. ¿No hay remedio?
Arm. Ninguno.
Rein. Pues, señora,
supuesto que tú misma lo deseas,
sabe que soy ageno, y que mi esposa
ha de ser la heredera de Florencia;
mi mano tengo ya comprometida,
y empeñado mi honor y mi nobleza;
así lo ordena la razon de estado,
y Gofredo, y mi padre así lo ordenan.
Arm. Bárbaro, desleal, hombre inhumano,
vívora ponzoñosa, aleve Hiena,
que al pasagero llama con gemidos,
y en él despues su furia toda ceba;
mucho temí de tí, pero no tanto,
que á extremo tan cruel te envilecieras:
mucho te quise, pero todavía
á mi pasion exceden tus ofensas.
El único dolor que me faltaba
en mi desdicha, el de los zelos era,
cuyas azules sierpes enroscadas
al corazon de tósigo le llenan:
¿es posible, tirano, que pudiste::-
pero reconvenciones ¿qué aprovechan?
Vete, apártate, ingrato, de mis ojos,
cocodrilo engañoso, esfinge fiera,
aspid que entre las flores se disfraza;
plegue á Dios que en la esposa que te espera
halles el desamor que yo he hallado
en tu perfidia; las nupciales teas
no las inflame plácido himeneo,
las furias infernales las enciendan,
y á zelos mueras, pues á zelos matas,

Gran ruido de pelea.

que yo sabré, arrojándome resuelta
en medio del horror de la batalla,
encontrar una lanza, una saeta,
que acabando una vida que detesto,
ponga fin lastimoso á tantas penas. *Vase.*
Rein. Justa es su indignacion, justa su íra,

y quantas sobre mí desgracias vengan,
justas serán: ¡ay Dios! que obscurecida
la luz de la razon entre tinieblas
que el combate de afectos encontrados
en mí produce, nada se presenta
que la paz desterrada de mi alma
pueda reproducir, volverme pueda.

Sale Ubaldo.

Ubaldo. ¿Qué haces así, Señor, quando Emireno
ya con todo su exército nos cierra?
Rein. ¿Qué hago, dices? morir de tus consejos.
Ubaldo. Consejos de salud, mas aprovechan
que ofenden.
Rein. Déxame por Dios, Ubaldo,
y vamos á añadir á las banderas
del ínclito Gofredo nuevos lauros
que funestos cipreses se conviertan,
para un triste que ya sin esperanza
de la perdída paz morir desea. *Vase.*

Mutacion que representa todo un campo de Turcos destruidos. Músic fuerte, á cuyo compas van saliendo los personages, no cesando dent el ruido de batalla; salen algunos Turcos cargando á algun Cruzad que represente en su trage ser principal, y quando estos se entren, sal algun Cruzado cargando por el opuesto lado á algun Turco, que tam bien represente ser de calidad, y la música se va mitigando de modo qu no embarace la representacion. Armida con la espada desnuda.

Arm. Ea, valientes Turcos, este dia
es dia de venganza, y pues las señas,
estan dando á entender que la victoria
ácia nuestro destino se ladea;
de esa obstinada pérfida canalla
nadie quede con vida, todos mueran,
diluvios de christiana sangre corran,
tanto que en las corrientes lisonjeras
del rápido Cedron pueda dudarse
si corren aguas, ó si sangre llevan;
y aun no será bastante toda junta
para apagar la sed que tengo de ella.

Sale Orcante del mismo modo.

Orc. Por mas que discurriendo el campo todo
busco á Reinaldo, la fortuna adversa

no le ofrece á mis ojos, ni mi acero.

Arm. Pues vele allí, que haciendo resistencia
á innumerables tropas de los nuestros,
todo lo rompe, todo lo penetra:
¡ah cobardes! ¿un hombre solo puede
postrár tanto valor y fortaleza?
mas ya segun los muchos que le cargan,
en vano resistiendo ácia aquí llega,

Sale Reinaldo acosado de Turcos.

Rein. Todós sois pocos á mi fuerte brazo.

Arm. Si no quieres morir, la espada entrega.

Rein. En hombres de mi honor eso no cabe.

Tropieza, y al tiempo de herirle Orcante, se interpone, queda herida, y cae.

Orc. Pues muere ::-

Arm. Tente, Orcante :::- yo soy muerta.

A este verso sale Ubaldo, dice el verso siguiente, y con los suyos carga á los Turcos, y los retira, durante lo quál esfuerza la música hasta que en el Teatro solo queda Reinaldo arrodillado, sosteniendo á Armida, y entonces pasa la música á un tono muy piano y triste, siguiendo hasta el fin.

Ubaldo. Esta ocasion aprovechad, amigos:
aquí del pundonor y fortaleza.

Ahora empieza la pelea.

Rein. Desgraciada hermosura, ¿este es el pago
de una pasion tan fina, dulce y tierna?
¿tú de mortal herida penetrada,
y por mi causa? ¡O quánto mejor fuera
que el rigor de la parca executivo
en mí todas sus íras convirtiera!
mas yo sabré seguirte.

Arm. No, bien mio;
vive feliz ::- te amo ::- mis ofensas ::-
ay dolor ::- te perdono ::- fuí culpada ::-
mas de tu Armida ::- alguna vez te acuerda.

Rein. Poco podré acordarme, si en mi pecho
la sensibilidad no es estrañeza.
¡O nunca de la fértil Palestina
á los fatales campos yo viniera!

mi

mi bien, Señora, mi adorado dueño,
mi idolatrada y amorosa prenda,
¿es posible que miro ya tus ojos
eclipsados en noche sempiterna?
¡que débil, qué remiso, qué cobarde
es mi dolor, pues el morir me niega!
pero si desde el reyno de las sombras
del pecho mio la verdad penetras,
conocerás que yo siempre fuí tuyo,
que el destino fatal, la suerte adversa
y no la falsedad pudo ser causa
de haber abandonado tu belleza;
no entrarán en mi alma otros amores,
y fiel á tu memoria y tus finezas,
el horror, el despecho, la amargura
y desesperacion que me rodean,
darán fin á una vida aborrecible,
desventurada, trágica y funesta.

Sale Ubaldo con los suyos.

Ubaldo. Ya el campo victorioso ::- ¿mas qué miro?
Rein. Las resultas mas tristes y mas funestas
de tus consejos.
Ubald. No de mis consejos,
sí de un amor sin límite ni riendas,
porque siempre un amor desordenado
produce tan infaustas consecuencias.

Se hallará en la Librería de la Viuda é Hijo de Quiroga, calle de las Carretas, con un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Piezas en un acto, Saynetes, Entremeses, &c.